

# Autobiografía sentimental

## de un lector

Luis Fernando Afanador

*Y bebí un vino fuerte,  
como sólo los audaces beben el placer.*  
Kavafis

Falstaff es más real y más perdurable que mucha gente que aparece en el directorio telefónico. La afirmación tiene algo de inhumano —dice Steiner—, pero para quienes nos gusta la lectura dicha afirmación no es escandalosa aunque sea políticamente incorrecta. Porque, para nosotros, los personajes literarios no son seres de ficción: hacen parte de la vida vivida. Es algo físico, tangible. Los podemos tocar. Por eso los amamos. ¿Y los deseamos? Claro que sí. En mi caso —corriente historia heterosexual— han sido mujeres, muchas mujeres de la literatura, las que me han dado placer y sufrimiento. Lo que sigue, entonces, es la autobiografía sentimental de un lector. Por supuesto, es un homenaje y, también, un ajuste de cuentas. La escritura también es un acto de venganza.

La primera se llamaba Celia. Diecisiete años, ojos claros, española, madrileña, de clase alta. A causa del asedio a Madrid durante la guerra civil, la habían enviado a San Sebastián junto con otros jóvenes. Allí conoció a Enrique y a Anastasio. Enrique era el típico descarriado que se da en las familias “bien”. Anastasio era un muchacho humilde y estudioso. ¿De quién se enamoró Celia? ¿De quién se enamoran las mujeres ricas y bonitas? En la pésima y en la excelente literatura: de los malos. Siempre ha sido así, como lo demuestra Bioy Casares en un notable relato, “El héroe de las mujeres”: “el héroe de los hombres no es el héroe de las mujeres”. No me quejo del culebrón. No me quejo de la maldad. No me quejo de haber amado a Celia a través de los ojos

del pusilánime Anastasio. Al fin y al cabo, se trataba de la primera novela (*Edad prohibida*) de un ingenuo lector adolescente en una ciudad de provincia en los años setenta del siglo pasado. Lo que me duele —y me duele aún más al recordarlo— es haber aceptado como un hecho sublime el melancólico papel de confidente de los amores entre Celia y Enrique. ¿No me gustan ahora los amores platónicos? ¿Me parece innoble el sufrimiento? De ninguna manera. La razón es otra. Con el paso de los años entendí que detrás de este rechazo —por el que tanto padecí— no había motivos artísticos sino argucias ideológicas y clasistas de un regular novelista de derecha: Torcuato Luca de Tena.

La Maga. Yo también me rendí a sus encantos, he de confesarlo. La mujer impredecible, romántica, la musa que alimenta la gran obra. Sin embargo, a pesar del “toco tu boca” y el “ella le amalaba el noema”, nunca pensé en acostarme con la Maga. Tampoco en enamorarme de ella. Lo que hice —y eso ya es un mal síntoma para un personaje literario— fue buscar Magas en la vida real, como cualquier amante insatisfecho. ¿Porque era la mujer de Horacio Oliveira? Por supuesto que no, en los amores literarios tampoco se respeta aquel mandato bíblico de no desear la mujer del prójimo (confieso desde ya mi amor adúltero por la “Dama del perrito”). ¿Es acaso la Maga una mujer etérea, una idea más que un cuerpo? Sospecho que sí. Si ahora me pusieran a escoger entre la Maga y la fugaz pero encantadora Talita, sin dudarle escogería a la segunda. Pero se trata de una falsa disyuntiva. La mujer más erótica de Cortázar, la que encendió mis deseos y me introdujo al reino de Onán, fue la señorita Cora. Todavía huelo su perfume y siento un cosquilleo con su cercanía. Todavía tengo fantasías con las enfermeras por su culpa.

Madame de Rênal y Mathilde de La Mole fueron mis primeros amores en el gran mundo literario. Madame de Rênal, la mujer dulce, maternal, madura. Mathilde de la Mole, la mujer seductora, apasionada, joven. Ambas extraordinarias, ambas para dedicarles la vida entera y más. Aunque para el arribista Julien Sorel ellas no eran dos tipos distintos entre los cuales escoger —dos posibilidades—, sino un par de peldaños indispensables en su ascenso social. A una la mató y a la otra la abandonó embarazada, el insensato. Allí él con su infantil heroísmo napoleónico. ¿A cuál escogí yo? No fue fácil la elección: escogí a Mathilde por aquello del masoquismo. Nos gusta más el amor amenazado que el amor seguro. O para decirlo modernamente con Joaquín Sabina: “yo no quiero un amor civilizado”. ¿A cuál escogería hoy? Sin duda, los años ablandan: a Madame de Rênal, quien últimamente ha subido mucho sus acciones en mi corazón. Sin embargo, el libertino de Rubem Fonseca me enseñó a salir de los falsos dilemas: no hay que escoger entre dos sino saber disfrutar a más de dos. Y Gesualdo Bufalino en *El Malpensante* —el original— me lo ratificó: “No veo por qué sea legítimo amar juntos a Cimarosa, Bach y Stravinsky, y blasfemo amar a un tiempo a Carolina, Claudia y María”.

Pero vamos en orden de lectura. La que siguió fue la inefable Madame Bovary. Claro, me enamoré de Madame Bovary, la adúltera más famosa de la literatura junto con Ana Karenina. No obstante, pienso en Madame Bovary y a mi memoria no acude ninguna imagen erótica. Me conmueve su patético destino, siento lástima por ella; no la deseo en lo más mínimo, ni siquiera en la célebre escena del coche. *¿C'est possible?* Sí, es posible. Amé a Madame Bovary, ahora lo veo claro, por la imitación del deseo de otros, porque había que amarla. Debía amarla, pero afortunadamente acabo de liberarme de ese deber, gracias al poder curativo del presente testimonio. La terapia verbal y la racionalización sirven cuando no ha habido verdadero amor; cuando lo hubo, como lo fue en el caso de Celia, es imposible, por muy mal novelista que sea Torcuato Luca de Tena. Parafraseando a Gómez Jattin: la amé a mis trece años, es decir para siempre.

De las histriónicas mujeres de Dostoyevski mi preferida es una muy secundaria: Dunia, la hermana de Raskolnikov, la que debe sacrificarse por la familia en un matrimonio absurdo. Aclaro, no me gusta por eso, porque no me gustan los discursos morales que el

maestro ruso pone en boca de sus mujeres, para no ir tan lejos, de Sonia, prostituta y santa a la vez. Aparte de la utilización del sacrificio en el contexto de la historia, como una función narrativa, Dunia es presentada sin idealizaciones, como una mujer verdadera. Es alta, robusta. Tiene veinte años, el pelo castaño claro y —¡ay, Dios de Dostoyevski— el labio inferior más prominente. Es tan perturbadora. Y como si fuera poco, hay un vago deseo incestuoso de Raskolnikov por ella. ¡Ay, Dios de los cristianos ortodoxos!

Sin celos no hay amor que valga la pena. ¿Cómo no padecer la tortura de imaginarse a Odette de Crécy con otro hombre? ¿Cómo no pasar la noche bajo su ventana con esa odiada luz encendida? Odette es real porque no hay nada más real que padecer celos. Ni nada más doloroso que su inutilidad. Verla páginas adelante como una mujer sin misterio y tranquilamente casada con Swann fue para mí una ironía difícil de superar. Odette me hizo sufrir por nada, para nada. El amor es una cárcel imaginaria en la que somos nuestros propios carceleros: no te lo agradezco Odette.

El bálsamo contra Odette fue Clawdia Chauchat, “nuestra gatita” (*chaud chad*: gato cálido), de acentuados rasgos asiáticos. Una seductora que finalmente se deja seducir por las palabras y las declaraciones de amor. Una mujer bella y joven que no es narcisista, que se entrega totalmente porque ha entendido como ninguna otra que el cuerpo y la belleza se pudren sin remedio: “¡Oh, encantadora belleza orgánica que no se compone ni de pintura al óleo, ni de piedra, sino de materia viva y corruptible, llena del secreto febril de la vida y de la podredumbre!”.

A Borges, el más casto de los escritores —“en la cama donde todos hacemos el amor, él hace un bordado”—, le debo la relación más placenteramente turbia que haya tenido: Emma Zunz. Ella se acuesta con uno para vengarse de otro. Ella se entrega por su propia voluntad y nos hace sentir que la violamos —y nos culpabiliza por eso—, mientras goza pensando en su venganza. Somos su instrumento, nos utiliza sin el menor escrúpulo. Y ni siquiera podemos reclamarle: cuando nos damos cuenta estamos solos, con una tremenda resaca en un cuartucho maloliente y sórdido.

Las mujeres poéticas a la manera de Susana San Juan o Remedios, la bella, fueron como fuegos artificiales: me encandilaron y luego se desvanecieron. Puros fantasmas. Metáforas sin cuerpo. Me quedo mejor con la

menos importante: Flor Estévez y sus muslos “firmes como pechos de paloma”, a la orilla de una quebrada torrentosa, junto a un cafetal florecido, en la humedad de la tierra caliente. Susana San Juan y Remedios, la bella, Beatrices: arquetipos, mujeres simbólicas que no dejan heridas.

Las mujeres de Bioy Casares nunca son idealizadas ni representaciones de nada. Son lo que son: inteligentes, pragmáticas, decididas, bonitas. Saben lo que quieren. Siempre algo concreto. No tienen tantas musarañas como los hombres, no se enredan en abstracciones. Son inmanentes. Obtienen placer y dan placer. Fugaz, como todo lo humano. Algo que a los hombres les cuesta entender: por eso creen que ellas los abandonan, que son como una promesa de felicidad que no se cumple. Pero sí se cumple. Para mí se cumplió. Nérida es mi prueba concreta:

¿Será posible que yo tenga esta suerte? La muchacha se incorporó; como si nadie estuviera con ella, se miró un instante en el espejo y en un solo movimiento — así al menos le pareció a él— descubrió su desnudez, tan blanca en la penumbra del cuarto. Trémulo por la revelación, oyó que le decían muy cerca: *Sonso, sonso*. Lo estrecharon, lo acariciaron, lo besaron, hasta que la empujó un poco para mirarla.

En el universo de Rubem Fonseca, hay toda suerte de mujeres: seductoras, fatales, conflictivas, perversas, interesantes, inteligentes, maternas, ninfómanas, explosivas. Cada una distinta y, por tanto, hacer el amor con ellas es acceder a la riqueza de la particularidad. Doy un ejemplo: Rufus tiene una amante alta y flaca, Henriette, quien le presenta a su amiga Lucía, una actriz de teatro. De inmediato, llevado por “la logística exasperante de la aventura amorosa” se enamora de Lucía. Entonces, termina con Henriette y empieza a salir con Lucía. Al mes, volverá a ser el amante de Henriette, en forma clandestina. Sin embargo, la mera infidelidad sería para Rufus un asunto demasiado común y vulgar. Él no es un simple machista: es un libertino. Muy pronto, aparece Clorinda, una joven admiradora de su obra, quien le pide que investigue si su hermana mayor, Virna, es en realidad su madre. Por supuesto, Rufus se enredará con ambas...

El esquema es parecido a otras obras de Fonseca: un hombre desea a la vez a varias mujeres y trata de resolver el insoluble problema del deseo. Sabe que su

conducta es inmoral y mal vista socialmente. Pero no pretende polemizar ni ser entendido: sólo promete vivir a fondo y sin hipocresía su drama, tratando de entenderlo para sí mismo.

Su visión de mundo es clara y sólida y sería necio esperar que la cambie. Pero eso no impide que nos sorprenda con nuevas y agudas reflexiones:

La visión de una mujer bonita es siempre una especie de epifanía, la aparición de una divinidad, y el sentimiento que nos domina, si no estuviera presidido por Eros, se asemejaría al que nos despierta la música. No me avergüenzo de mi libido, es la energía fisiológica y síquica asociada a toda actividad humana constructiva; se opone a Tánatos, el instinto de muerte, fuente de todos los impulsos destructivos.

“Me gustan tanto las mujeres, que a veces siento deseos de gritar”, dice uno de sus personajes. Yo creo que ningún otro escritor ha representado el deseo masculino como Fonseca. A veces parece crudo y descarnado, pero es así: así deseamos los hombres, distinto a las mujeres. “A las mujeres no les gusta hacer el amor con la constancia que les gusta hacerlo a los hombres. Ellas quieren sentirse amadas todos los días, pero no les gusta hacerlo todos los días”. Ellas no tienen esa debilidad genética, ese veneno en la sangre: la testosterona.

Como a quien le es permitido entrar en la casa del deseo, he disfrutado al máximo cada una de las mujeres de Fonseca. Cierta tara romántica me ha hecho a veces preferir a alguna, detenerme en Babel o en Ada, pero justo en ese momento aparece el maestro para recordarme las sabias palabras de Casanova, otro libertino famoso: en amor el que huye triunfa.

Demasiadas mujeres, dirá algún necio. Lo remito a la respuesta de Pusewarden, personaje de *El cuarteto de Alejandría*. Cuando le reprocharon ser obsesivo y monotemático con el tema de las mujeres, dijo lapidariamente: “¿Acaso hay otro tema?”. O la frase del espiritual y puritano T. S. Eliot, citada en *El gran arte*, de Fonseca: “Nacimiento, cópula y muerte: no hay más”. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Poeta y periodista cultural. Entre sus obras publicadas están: *Extraño fue vivir* (poesía), *Julio Ramón Ribeyro, un clásico marginal* (ensayo). Ha sido colaborador de las revistas *Semana*, *El Malpensante*, *Soho*, *Número*. Actualmente es comentarista de libros en la revista *Semana*.